

*Alberto Blest Gana*

# MARTÍN RIVAS

*Novela de costumbres  
político-sociales*

*edición de  
Jaime Concha*

© - STOCKCERO - ©

## CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La presente edición se basa en la edición que preparara el Dr. Jaime Concha para la Biblioteca Ayacucho, 1977, a la cual, además de agregarle algunas notas, se la cotejó con la edición de Imprenta del Siglo, 1869.

Para la edición de Biblioteca Ayacucho el Dr. Jaime Concha decía:

«Esta edición sigue fielmente el texto de la que preparamos, hace algunos años, para Quimantú, la Editorial del Estado durante el gobierno de Salvador Allende (Santiago de Chile, 1973). En esa oportunidad, compulsamos el folletín de *La voz de Chile* (7 de mayo - 18 de julio de 1862) y varias de las muchas impresiones que Martín Rivas recibió en la segunda mitad del siglo pasado. Sólo nos hemos permitido modernizar la ortografía y hacer uniforme la puntuación, todo lo cual, creemos, contribuye a una lectura más expedita de la novela.

Las anotaciones al calce no pretenden, por supuesto, entorpecer el contacto del público con una obra tan amena y liviana como es la de Blest Gana. Por el contrario: muy distantes de todo propósito de erudición, quieren ayudar al lector no chileno a la comprensión de algunas particularidades del español de Chile. Son, pues, fundamentalmente de tipo lexicográfico.

Además, hay otra clase de notas, histórico-culturales o histórico-políticas, que permiten delinear mejor el trasfondo de la época en que se inscribe la narración. Muy pocas observaciones se refieren a los recursos literarios empleados por el autor, puesto que no corresponde, en esta tarea, establecer perspectivas de valoración.»

## CONTENIDO

PRÓLOGO .....	IX
BIBLIOGRAFIA .....	XLI
<i>I. Obra Publicada. Novelas</i> .....	<i>xli</i>
<i>II. Otras publicaciones</i> .....	<i>xlii</i>
<i>III. Ediciones de «Martín Rivas»</i> .....	<i>xlii</i>
<i>IV. Crítica</i> .....	<i>xliii</i>
MARTÍN RIVAS	
- I - .....	5
- II - .....	9
- III - .....	13
- IV - .....	18
- V - .....	23
- VI - .....	27
- VII - .....	35
- VIII - .....	40
- IX - .....	45
- X - .....	49
- XI - .....	54
- XII - .....	59
- XIII - .....	64
- XIV - .....	73
- XV - .....	77
- XVI - .....	85
- XVII - .....	89
- XVIII - .....	94
- XIX - .....	99
- XX - .....	104
- XXI - .....	109
- XXII - .....	113
- XXIII - .....	120
- XXIV - .....	126

- XXV - .....	132
- XXVI - .....	136
- XXVII - .....	142
- XXVIII - .....	150
- XXIX - .....	155
- XXX - .....	162
- XXXI - .....	168
- XXXII - .....	174
- XXXIII - .....	183
- XXXIV - .....	190
- XXXV - .....	196
- XXXVI - .....	201
- XXXVII - .....	207
- XXXVIII - .....	212
- XXXIX - .....	218
- XL - .....	223
- XLI - .....	235
- XLII - .....	239
- XLIII - .....	246
- XLIV - .....	252
- XLV - .....	255
- XLVI - .....	261
- XLVII - .....	267
- XLVIII - .....	272
- XLIX - .....	276
- L - .....	282
- LI - .....	288
- LII - .....	295
- LIII - .....	299
- LIV - .....	304
- LV - .....	309
- LVI - .....	315
- LVII - .....	319
- LVIII - .....	325
- LIX - .....	331
- LX - .....	337
- LXI - .....	342
- LXII - .....	348
- LXIII - .....	354
- LXIV - .....	359
- LXV - .....	365
<i>Carta de Martín Rivas a su hermana.....</i>	<i>365</i>

## PRÓLOGO

La gran literatura latinoamericana del siglo XIX es de índole marcadamente burguesa. Desde las guerras de Independencia de 1810-1825 hasta la lucha de Cuba por su liberación, a fines del siglo, en que ya asoma una nueva coyuntura imperialista, un desarrollo general se diseña en los pueblos del continente que resulta determinante para todas sus manifestaciones culturales. Con rasgos nacionales específicos, por supuesto; con orientaciones y tonos diferentes; con modalidades genéricas que van desde el ensayo hasta la poesía civil, desde el panfleto político hasta la lírica intimista; con la singularidad de sus temperamentos, los principales autores de esa centuria se hallan vinculados a las transformaciones que, con mayor o menor solidez, se producen en los distintos países de América Latina. Aun los escritores que alcanzan a entrever las luchas del futuro, las del presente siglo, como es el caso de Martí, siguen ligados esencialmente en lo estético, en lo cultural e incluso en lo político a formas del pensamiento burgués. Este pone la base y el marco general a la cultura de la época. Por lo tanto, habría que utilizar de manera sostenida, como criterio de periodización histórico-sistemático, esta correspondencia de la literatura hispanoamericana del siglo pasado con la instalación de las condiciones económicas del capitalismo, con la lucha entre liberales y conservadores (aparente en muchos casos, pero nunca exenta por completo de repercusión para el afianzamiento político de la burguesía) y con el despliegue de una ideología también liberal, que se hará dominante en el nivel de la cultura y en las regiones del arte y de la producción literaria.

En el cuadro de los representantes intelectuales de la burguesía, Alberto Blest Gana ocupa un puesto significativo. Junto a Domingo F. Sarmiento y a los demás liberales argentinos (Echeverría, Alberdi, etc.); junto al peruano

Ricardo Palma; a Juan Montalvo, en el Ecuador; a Jorge Isaacs, en Colombia; a José María de Hostos, en Puerto Rico, y a José Martí, en Cuba, integra una galería decisiva en el panorama cultural del siglo anterior. Naturalmente, entre las limitaciones ideológicas e incluso incoherencia de fondo de un Montalvo,<sup>1</sup> por ejemplo, y el carácter avanzado, francamente revolucionario de Martí por otro lado, Blest Gana parece situarse en un punto intermedio, en un lugar equidistante de ambos extremos. Y en esa situación parecen radicar tanto el mérito como la flaqueza del escritor, su seguro equilibrio de narrador por una parte y su tibieza, a veces decidida chatura de su personalidad intelectual. Entre la serenidad y la indiferencia como actitud de un novelista hay una frontera indiscernible, ante la cual los únicos guías parecen ser un tacto y un gusto adecuados a cada obra en particular.<sup>2</sup>

Esta ubicación de Blest Gana dentro de la gama de su tiempo, se muestra mejor si se la compara, a modo de contraste, con la posición de Palma o de Isaacs. Las *Tradiciones peruanas* (1872-1883) del primero miran hacia atrás, pues van dirigidas a burlarse y a ironizar un orden colonial todavía imperante en el Perú en la segunda mitad del siglo XIX. Críticas y todo, y a pesar de que representan un primer momento en la expresión literaria del liberalismo peruano, son y siguen siendo «tradiciones».<sup>3</sup>

En cambio, el proyecto novelesco de Blest Gana, su concepción hacia 1860 de un ambicioso ciclo histórico, se vuelca a captar las condiciones presentes de la vida chilena, desde la gesta de la Independencia hasta la decadencia de las grandes familias en el París de la *Belle Époque*; desde las ilusiones heroicas y populares de *Durante la Reconquista* hasta la agonía, reales postrimerías, del credo liberal en *Los trasplantados*.

Y es que, en el fondo, la estatura artística, el alcance y la estela de estas obras poseen una final correlación con el desarrollo nacional de los países respectivos. El carácter regional y provinciano del liberalismo de Isaacs, por lo menos de 1865 adelante, no sólo se expresa en el idilio que es *María* (1867), sino en la lucha dirigida contra el esclavismo todavía subsistente en los valles colombianos. El hecho mismo de que la vida de Isaacs termine miserablemente, hacia el fin del siglo, buscando riquezas petrolíferas en la costa atlántica, revela su condición de tardío pionero en un país signado por un considerable atraso de desenvolvimiento capitalista. A tal país, tal liberal, podría decirse, no enfatizando inexistentes condiciones de un ser nacional, sino efectivos y determinados grados en su desarrollo histórico. En su patria misma, Blest Gana convive con otros representantes destacados del movimiento liberal. Desde luego, el principal sigue siendo José Victorino Lastarria, qué ya en 1842 encabeza un proceso de renovación intelectual cuyo efecto necesario

1 V. Agustín Cueva: *La literatura ecuatoriana*, pp. 27 ss. Buenos Aires, Cedral, 1968. Y antes, su excelente ensayo interpretativo del desarrollo cultural del Ecuador: *Entre la ira y la esperanza*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.

2 Acerca de este punto, crucial para la práctica narrativa y su correspondiente valoración, hay que volver a las siempre vigentes reflexiones de Lukacs: *Die Theorie des Romans*, I, 4, pp. 63 ss. Darmstadt und Neuwied, Luchterhand, 1971.

3 Sobre Palma y sus *Tradiciones*, sigue válido el análisis de Mariátegui, contenido en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928); a él se suman, más recientemente, los trabajos de Adalbert Dessau sobre el liberalismo peruano del siglo XIX.

será la agitación política de los próximos decenios. Por su obra como pensador y por su acción como tribuno (sobre todo la que realiza hasta 1851), Lastarria debe ser considerado como uno de los fundadores del pensamiento democrático chileno. Pero lo mismo que ocurrirá con los mejores liberales europeos y americanos, también él, en la etapa final de su vida, su etapa parlamentaria y diplomática, dará paso a una creciente involución, a un retroceso ideológico que lo lleva a armonizar grotescamente el pensamiento comtiano con las condiciones de la sociedad chilena. El que comenzó siendo un epígono dinámico de la Ilustración y que pudo ser uno de los demócratas más combativos hacia la mitad del siglo (véase, si no, su *Diario Político* de esos años), termina convertido en un ecléctico componedor del positivismo. Sus *Recuerdos literarios* (1878) muestran bien este proceso de acomodamiento, de acumulada obsecuencia. En ellos no tienen cabida las revoluciones liberales de 1851 y de 1859: es que Lastarria quiere olvidar a toda costa su juventud jacobina.

Los equivalentes del romanticismo de Echeverría son, en Chile, Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Ambos participan activamente en el levantamiento liberal de 1851; ambos dan cabida igualmente en sus escritos y proclamas a elementos de una nueva ideología: al social-cristianismo de Lamennais, el primero; a aspectos del socialismo utópico, el segundo (y aún hay quienes piensan que, por el análisis clasista contenido en su *Carta* desde la cárcel, en 1852, Arcos debía conocer el *Manifiesto Comunista*, de Marx-Engels<sup>4</sup>. En todo caso, los dos ideólogos han sido reivindicados por la clase obrera de Chile como precursores de sus luchas sociales.

Otra figura interesantísima y muy poderosa es Vicente Pérez Rosales, exponente ante todo de un liberalismo plebeyo. Es como si, a falta de un real jacobinismo en la arena política del siglo XIX, se hubiera dado en Chile a través del arte memorialístico de los *Recuerdos del pasado* (1886), una rica visión de las energías progresistas del país, visión desde abajo, substancial y potente, ligada a las muchedumbres y a la población trabajadora y aventurera dentro y fuera del territorio nacional. Desde la muerte de los Carrera, que cierra una de las orientaciones más consecuentes en la revolución de la Independencia, pasando por la experiencia de las insurrecciones europeas y del fenómeno masivo de la búsqueda del oro en California, hasta la epopeya cosmopolita de la colonización del sur de Chile, los *Recuerdos del pasado* despliegan una vasta gama de empuje, de tensión y de actividad colectiva. Sin el amplio y múltiple diseño de la producción narrativa de Blest Gana, esta obra la supera, sin embargo, en fuerza y vitalidad, cualidades a las que era fundamentalmente ajeno el arte de equilibrio del autor de *Martín Rivas*.

Una de las facetas más valiosas entre las manifestaciones culturales de nuestro liberalismo decimonónico es, sin duda, su producción historiográfica. Historiadores como Diego Barros Arana, los hermanos Amunátegui y, más

---

4 V. Gabriel Sanhueza: *Santiago Arcos*. Santiago, Editorial del Pacífico, 1956.

tarde, José Toribio Medina constituyen un conjunto sólo equiparable a la serie de historiadores argentinos (Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre. . .) o, en menor grado, a los historiadores mexicanos de la época del Porfiriato. Entre todos ellos descuella, sin disputa, Benjamín Vicuña Mackenna, no sólo por su ímpetu jacobino nunca desmentido, por su sincero y activo civismo, sino también por su veracidad historiográfica, capaz de hacer justicia a los enemigos tradicionales del liberalismo. Puede decirse que, a su modo y de acuerdo a las particularidades que el arte de escribir la historia implica, su biografía de *Don Diego Portales* (1863) es otra expresión más y un magnífico ejemplo de eso que Engels llamó una vez el «triunfo del realismo».<sup>5</sup> La obcecación de Lastarria en no admitir la fidelidad del retrato pintado por Vicuña revela en este punto las debilidades del maestro y la grandeza del discípulo.

## II

El medio familiar parece dar cuenta de algunas preferencias políticas y literarias del futuro escritor. Alberto Blest Gana nace el 16 de junio de 1830, en el hogar formado por don Guillermo Cunningham Blest y por doña María de la Luz Gana. Los padres habían contraído matrimonio unos pocos años atrás, en 1827. El, nacido en Irlanda, había llegado a Chile a comienzos de la década de 1820, cuando la reciente Independencia del país y el gobierno de O'Higgins abrían buenas expectativas a los inmigrantes sajones. Médico de profesión, había hecho sus estudios en las Universidades de Dublin y de Edimburgo. Muy pronto, apoyado primero por el Ministro Portales y, luego, por don Andrés Bello, contribuirá a desarrollar en Chile el estudio y la enseñanza de la Medicina. Por tales conexiones, pudiera pensarse que el liberalismo de don Guillermo no era tan pronunciado y que poseía más bien un cuño inglés, al estilo de la Gloriosa Revolución de 1688. Sin embargo, otros hechos y, sobre todo, su participación en el acto de repudio organizado por algunos universitarios con ocasión de la prohibición del libro de Bilbao, *Sociabilidad chilena*, en 1844, tienden a mostrar que su moderación no era tan constante. Sea lo que fuere en cuanto a los sentimientos políticos suyos, es claro, sí, que en su hijo debieron tener fuerte influjo tanto su formación inglesa como su actividad médica. Las obras de Walter Scott y de Charles Dickens, por ejemplo, figuraron sin duda entre las primeras lecturas del niño Blest Gana; y aunque la crítica se haya orientado a señalar más bien las influencias provenientes del lado francés (Balzac, Stendhal, Sue y hasta Hugo<sup>6</sup>),

5 En la célebre carta a Miss Harkness, escrita originalmente en inglés y fechada en abril de 1888. Ver ahora en traducción francesa: Georg Lukács: *Écrits de Moscou*, p. 290. Paris, Editions Sociales, 1974.

6 Los dos primeros son mención frecuente en toda crítica sobre Blest Gana. Volveremos a ellos un poco más adelante. Sue es menos aludido, quizá porque se teme rebajar la jerarquía literaria del autor chileno. Sus obras, sin embargo, son muy leídas por el público nacional en los diarios de mediados de siglo. (Cf. más abajo, nota 42). El caso de Hugo ha sido tocado, como paralelismo digno de ser tomado en cuenta, en el notable trabajo de Guillermo Araya: «El amor y la revolución en *Martín Rivas*». *Bulletin Hispanique* (Bordeaux), Janvier-Juin 1975, pp. 5-33.



## BIBLIOGRAFIA \*

### I. OBRA PUBLICADA. NOVELAS

- ENGAÑOS Y DESENGAÑOS – Valparaíso, Impr. y Lib. del Mercurio, 1858, 190 p.
- EL PRIMER AMOR – Valparaíso, Impr. y Lib. del Mercurio, 1858. 94 p.
- LA FASCINACIÓN – Valparaíso, Imp. y Lib. del Mercurio, 1858. 67 p.
- JUAN DE ARIA – Valparaíso, Impr. y Lib. del Mercurio, 1859. 56 p.
- LA ARITMÉTICA EN EL AMOR – *Novela de costumbres*. Valparaíso, impr. y Lib. del Mercurio, 1860. 576 p.
- EL PAGO DE LAS DEUDAS – Valparaíso, Impr. y Lib. del Mercurio, 1861. 98 p.
- UN DRAMA EN EL CAMPO – *La venganza de Mariluán*. Santiago de Chile, Impr. de La Voz de Chile, 1862. 251 p.
- MARTÍN RIVAS – *Novela de costumbres político-sociales*. Santiago de Chile, Impr. de La Voz de Chile, 1862. 197 p.
- EL IDEAL DEL CALAVERA – *Novela de costumbres*. Santiago de Chile, Impr. de La Voz de Chile, 1863. 402 p.
- DURANTE LA RECONQUISTA – *Novela histórica*. París, Gamier Hnos., 1897. 2 vols. 533 y 582 p.
- LOS TRANSPLANTADOS – París, Gamier Hnos., 1904. 2 vols. (333 y 526 p.).
- EL LOCO ESTERO – *Recuerdo de la niñez*. París, Gamier Hnos., 1909. 2 vols. 202y 213 p.
- GLADYS FAIRFIELD – París, 1912.

---

\* La Bibliografía sigue la de la edición de Biblioteca Ayacucho, preparada por Horacio-Jorge Becco.

## II. OTRAS PUBLICACIONES

- DE NUEVA YORK AL NIAGARA – Santiago de Chile, 1867.
- COSTUMBRES Y VIAJES, PAGINAS OLVIDADAS – Textos recogidos y ordenados con introducción y notas de José Zamudio Z. Santiago de Chile, Editorial Difusión, 1947. 303 p. (Colección Letras chilenas, núm. 6).
- LA FLOR DE LA HIGUERA – Santiago de Chile, 1953.
- EL JEFE DE LA FAMILIA Y OTRAS PÁGINAS – Recopilación e introducción de Raúl Silva Castro. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1956. 471 p. (Biblioteca denovelistas).
- BLEST GANA: SUS MEJORES PÁGINAS – Biografía, estudio y selección de Manuel Rojas. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1961. 347 p.

## III. EDICIONES DE «MARTIN RIVAS»

- MARTÍN RIVAS - Buenos Aires, Impr. del Siglo, 1869. 420 p.
- MARTÍN RIVAS – Pads, Librería de A. Bouret e Hijo, 1874. 2 vols. 359 y 348 p.
- MARTÍN RIVAS – Paris, Librería de A. Bouret e Hijo, 1884. 2 vols. 374 y 344 p.
- MARTÍN RIVAS – Santiago de Chile, Impr. Oficinas de El Chileno, 1905. 2 vols. 167 y 163 p.
- MARTÍN RIVAS – París-México, Vda. de C. Bourer, 1910. 2 vols.
- MARTÍN RIVAS – Trad. de Charles Whitham. New York, Knopf; London, Chapman & Hall, 1918. 437 p.
- MARTÍN RIVAS -. Santiago de Chile, Impr. de El Mercurio, 1925. 2 vols. 167 y 163 p.
- MARTIN RIVAS – Edited with introduction, notes and vocabulary by G. W. Umphrey. Boston, New York, D.C. Heath and Company, 1926. 269 p.
- MARTÍN RIVAS – Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1938. 325 p.
- MARTÍN RIVAS – Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1977. XL, 460 p.

## IV. CRÍTICA

- ALEGRÍA, FERNANDO – *Historia de la novela hispanoamericana*. México, Ediciones DeAndea, 1966. 302 p. (Colección Historia Literaria de Hispanoamérica, I).
- AMUNÁTEGUL SOLAR, DOMINGO – *Bosquejo histórico de la literatura chilena*. Santiagode Chile, Imprenta Universitaria, 1915. 670 p. (Nota: Véase sobre Blest Gana, p. 519-568).
- \_\_\_\_\_. *Historia de Chile. Las letras chilenas*. 2a. ed. Santiago de Chile, 1934. 379 p. (Nota: Sobre Blest Gana, p. 169-180).
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. – *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954. 222 p. (Colección Juan María Gutiérrez).
- ARAYA, MIGUEL – *El amor y la revolución en «Martín Rivas»*. En: *Bulletin Hispanique*, pp. 5-33. Bordeaux, janvier-juin, 1975.
- ARTEAGA ALEMPARTE, JUSTO – *Cuatro novelas de Antonio Blest Gana*. (En: *La Semana*. Santiago de Chile, núm. 14, 20 agosto 1959, p. 209-224).
- ASTORQUIZA, ELIODORO – *Alberto Blest Gana*. (En: *Revista Chilena*, Santiago de Chile, vol. XXXIV, agosto 1920, p. 345-370).
- \_\_\_\_\_. *Don Alberto Blest Gana*. En: *Cien años de la novela chilena*, pp. 5-26. Concepción, Chile, Universidad de Concepción, Revista Atenea, 1961.
- BARROS ARANA, DIEGO – *Alberto Blest Gana: «Durante la Reconquista»*. (En: *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, vol. XCVIII, 1897, p.5-10).
- CAMURATI, MIREYA – *Blest Gana, Luçacs y la novela histórica*. (En: *Cuadernos Americanos*, México, año XXXIII, vol. CXCVII, núm. 6, noviembre-diciembre 1974, p. 88-99).
- CASTILLO, Homero y RAÚL SILVA CASTRO – *Las novelas de don Alberto Blest Gana*. (En: *Revista Hispánica Moderna*, New York, vol. XXIII, núms. 3-4, julio-octubre 1957, p. 292-304).
- \_\_\_\_\_. *Historia biobibliográfica de la novela chilena*. México, Ediciones De Andrea, 1961. 214 p. (Colección Studium, 28).
- DELANO, Luis ENRIQUE – *El padre de la novela chilena*. (En: *Ultima hora*, Santiagode Chile, 28 agosto 1968).
- DÍAZ ARRIETA [ALONE], HERNÁN – *Don Alberto Blest Gana; biografía y crítica*. Santiago de Chile, 1940. 329 p.

- \_\_\_\_\_.. *Alberto Blest Gana*. En su: *Historia personal de la literatura chilena*, pp. 179-185, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1962.
- DONOSO, ARMANDO – *Alberto Blest Gana*. (En: *Revista Chilena*, Santiago de Chile, vol. XXXVII, noviembre 1920, p. 208-213).
- DONOSO, RICARDO – *Un amigo de Blest Gana: José Antonio Donoso*. Santiago de Chile, 1935. 24 p.
- EDWARDS, ALBERTO – *Una excursión por Santiago antiguo. El «Martín Rivas» de Blest Gana y la sociedad chilena de 1850*. (En: *Pacífico Magazine*, Santiago de Chile, febrero 1916, p. 115).
- FERNÁNDEZ LARRAÍN, SERGIO – *Blest Gana y Cifuentes: un episodio inédito*. (En: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago de Chile, vol. 32, núm. 72, 1er. semestre 1965, p. 75-120). (Nota: Incluye treinta cartas entre Blest Ganay el Sr. Abdón Cifuentes, en los años 1871 y 1873).
- FUENZALIDA GRANDÓN, ALEJANDRO – *Algo sobre Blest Gana y su arte de novelar 1820 - 1920*. (En: *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, vol. CL, 1923, p. 187-242).
- GOIC, CEDOMIL – *Alberto Blest Gana*. En su: *La novela chilena. Los mitos degradados*, pp. 33-49. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968.
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX – *Breve historia del modernismo*. México, fondo de Cultura Económica, 1954. 539 p.
- HUNEEUS GANA, JORGE – *Don Alberto Blest Gana y la novela histórica*. París, Librería Española de Garnier Hnos., 1897. 79 p. (Nota: El estudio se basa especialmente sobre «Durante la Reconquista»). *Instituto de Literatura Chilena. «Martín Rivas»: bibliografía de ediciones y referencias*. (En: *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, Santiago de Chile, año II, núm. 3, octubre 1962, p. 4-5).
- JARNÉS, BENJAMÍN – *Enciclopedia de la literatura*. México, Editora Central, s.f. 6vols. (Nota: Sobre Blest Gana, en t. I, p. 548-549).
- LATCHAM, RICARDO A. – *Blest Gana y París*. (En: *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 31 julio 1955).
- \_\_\_\_\_.. *Blest Gana y la novela realista*. (En: *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, vol. CXVI, núm. 112, 4ro. trimestre 1958, p. 30-46).
- \_\_\_\_\_.. *Blest Gana y la novela realista*. Santiago de Chile, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, s.f., 58 p.

- LATORRE, MARIANO – *La literatura de Chile*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Cultura Latino-Americano, 1941. 208 p.
- MELFI, DOMINGO – *El viaje literario*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1945-212 p.
- \_\_\_\_\_. *Estudios de literatura chilena*. Santiago, Editorial Nascimento, 1938, 9 p.
- OROZ, RODOLFO – *Los chilenismo de José Martí*. (En: *Boletín de Filosofía*, Santiagode Chile, núm. 10, 1958-1959, p. 161-203). (Nota: Analiza 46 términos tomados por Martí de la obra «Martín Rivas» de Blest Gana).
- OSPINA LONDOÑO, URIEL – *Lo social en la novela de América*. (En: *Universidadde Antioquía*, Medellín, Colombia, núm. 99, mayo-julio 1950, p. 311-319).
- \_\_\_\_\_. *Problemas y perspectivas de la novela hispanoamericana*. Bogotá, 1964. 232 p.
- POBLETE VARAS, HERNÁN – *Genio y figura de Alberto Blest Gana*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968. 255 p. (Biblioteca de América. Colección Genio y figura, 19). (Nota.- Incluye bibliografía y material gráfico).
- POOL, ALICE M. – *La influencia francesa en tres novelistas ibero-americanos del sigloXIX: Isaacs, Blest Gana y Altamirano*. México, 1950. 47 p.
- RIVAS, MARIO – *Alberto Blest Gana*. (En: *El Correo de Valdivia*, Valdivia, Chile, 29 enero 1968).
- ROJAS, MANUEL – *Don Alberto Blest Gana*. En su: *Historia breve de la literaturachilena*. pp. 54.61. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1965.
- SAINZ DE ROBLES, CARLOS FEDERICO – *Ensayo de un Diccionario de la literatura. Escritores españoles e hispanoamericanos*. Madrid, Aguilar, 1953. 3 vols.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO – *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid, Editorial Gredos, 1953. 664 p. (Biblioteca Románica Hispánica. ColecciónEstudios y Ensayos, II).
- SILVA ARRIAGADA, LUIS IGNACIO – *La novela en Chile*. Santiago de Chile, Imprenta'Barcelona», 1910. 525 p. (*Ensayos bibliográficos sobre la literatura chilena*).
- SILVA CASTRO, RAÚL – *Alberto Blest Gana: estudio biográfico y crítico*. Santiago deChile, 1941. 632 p. (Nota: Incluye bibliografía, p. 591-632).

- \_\_\_\_\_. *Alberto Blest Gana (1830-1920)*. 2a. ed. refundida. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1955. 352 p. (Colección Biografías).
- \_\_\_\_\_. *Panorama de la novela chilena (1843-1953)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1955. (Nota: Sobre Blest Gana, véase p. 26-41 y 80-87).
- \_\_\_\_\_. *La obra novelística del chileno Alberto Blest Gana*. (En: *Cuadernos Americanos*, Madrid, núm. 90, 1957, p. 324-346).
- \_\_\_\_\_. *Alberto Blest Gana*. (En: Unión Panamericana, *Diccionario de la literatura latino-americana*, Chile, p. 29-32. Washington, 1958).
- \_\_\_\_\_. *Panorama literario de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1961. 570 p. (Nota: Sobre Blest Gana en especial 174-190, 399-400 y 439-440).
- \_\_\_\_\_. *Blest Gana y su novela «La aritmética en el amor»*. En: *Cien años de la novela chilena*, pp. 27-47. Concepción, Chile, Universidad de Concepción, Revista Atenea, 1961.
- \_\_\_\_\_. *Romanticismo y literatura chilena*. (En: Atenea, Concepción, Chile, núm. 395, enero-marzo 1962, p. 139-150).
- \_\_\_\_\_. *El centenario de «Martín Rivas»*. (En: Revista Iberoamericana, México, núm. 55, enero-junio 1963, p. 139-146).
- \_\_\_\_\_. *Durante la Reconquista; Ideal de un calavera; Martín Rivas; Los transplantados*. (En: González Porro-Bompiani, *Diccionario de Obras y Personajes de todos los tiempos y de todos los países*, t. IV, p. 341; t. VI, p. 96 y 875; u X, p. 250. Barcelona, Montaner y Simón, 1967).
- \_\_\_\_\_. *Blest Gana en el ambiente de su época*, (En: El Mercurio, Santiago de Chile, 28 julio 1968).
- SILVA VILDOSOLA, C. – *Retratos y recuerdos*. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, s. f. [1936]. 274 p. (Nota: Sobre Blest Gana véase p. 71-83).
- SOLAR, CLAUDIO – *La aritmética en el amor*. (En: La Estrella, Valparaíso, Chile, 27 marzo 1968).
- \_\_\_\_\_. *Durante la Reconquista* – (En: La Estrella, Valparaíso, Chile, 5 julio 1968).
- TORRES-RIOSECO, ARTURO – *La novela en América. Isaacs, Blest Gana, Ricardo Palma*. (En: Atenea, Concepción, Chile, vol. XXXVII, 1937, p. 319-327).
- VALENZELA, VÍCTOR M. – *Chilean society as seen through the novelistic world of Alberto Blest Gana*. Santiago de Chile, 1971.

- VICUÑA SUBERCASEAUX, BENJAMÍN – *Gobernantes y literatos*. Imprenta y litografía Universo, 1907. 299 p.
- ZAMUDIO Z., JOSÉ – *La novela histórica en Chile*. Santiago de Chile, Ediciones FlorNacional, 1949. 62 p

# MARTÍN RIVAS

NOVELA DE COSTUMBRES  
POLÍTICO-SOCIALES



*Al señor don Manuel Antonio Matta*<sup>1</sup>

Mi querido Manuel:

Por más de un título te corresponde la dedicatoria de esta novela: ella ha visto la luz pública en las columnas de un periódico fundado por tus esfuerzos y dirigido por tu decisión y constancia a la propagación y defensa de los principios liberales; su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazón; y finalmente, mi amistad quiere aprovechar esta ocasión de darte un testimonio de que, al cariño nacido en la infancia, se une ahora el profundo aprecio que inspiran la hidalguía y el patriotismo, puestos al servicio de una buena causa con entero desinterés.

Recibe, pues, esta dedicatoria, como una prenda de la amistad sincera y del aprecio distinguido que te profesa tu afectísimo

*Alberto Blest Gana.*

---

1 *Manuel Antonio Matta (1826-1892)* Político, fundador del Partido Radical. Pertenecía a una rica familia nortina, vinculada a la minería de la plata y del cobre. Participó –junto a su hermano Guillermo, a Benjamín Vicuña Mackenna y otros jóvenes liberales– en un complot contra el gobierno de Manuel Montt, en 1858. Condenado a muerte, lo mismo que el hermano de Blest Gana, pudo salir de Chile y volver amnistiado igualmente en 1862. V. Jordi Fuentes y Lía Cortés: *Diccionario histórico de Chile*, p. 276. (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 4a. ed., 1966).

## - I -

A principios del mes de julio de 1850 <sup>2</sup>, atravesaba la puerta de la calle de una hermosa casa de Santiago un joven de veinte y dos a veinte y tres años.

Su traje y sus maneras estaban muy distantes de asemejarse a las maneras y al traje de nuestros elegantes de la capital. Todo en aquel joven revelaba al provinciano que viene por primera vez a Santiago. Sus pantalones negros *embotinados* por medio de anchas trabillas de becerro, a la usanza de los años de 1842 y 43; su levita de mangas cortas y angostas; su chaleco de raso negro con grandes picos abiertos, formando un ángulo agudo, cuya bisectriz era la línea que marca la tapa del pantalón; su sombrero de extraña forma y sus botines, abrochados sobre los tobillos por medio de cordones negros, componían un traje que recordaba antiguas modas, que sólo los provincianos hacen ver de tiempo en tiempo por las calles de la capital.

El modo como aquel joven se acercó a un criado que se balanceaba mirándole, apoyado en el umbral de una puerta, que daba al primer patio, manifestaba también la timidez del que penetra en un lugar desconocido y recela de la acogida que le espera.

Cuando el provinciano se halló bastante cerca del criado, que continuaba observándole, se detuvo e hizo un saludo, al que el otro contestó con aire protector, inspirado tal vez por la triste catadura del joven.

—¿Será ésta la casa del señor don Dámaso Encina? —preguntó éste, con voz en la que parecía reprimirse apenas el disgusto que aquel saludo insolente pareció causarle.

—Aquí es —contestó el criado.

---

<sup>2</sup> *A principios del mes de julio de 1850*. Esta precisión cronológica no sólo es importante por la situación histórica a que se refiere (la próxima revolución liberal), sino por razones de técnica literaria. Mediados del siglo, mediados del año, mediados del día (pues más adelante se dirá que «daban en ese instante las doce del día») se ve que el narrador hace en el plano cronológico lo mismo que en el plano espacial, al ambientar su novela en Santiago: determinar un centro en la vida chilena de la época.

—¿Podrá usted decirle que un caballero desea hablar con él?

A la palabra caballero, el criado pareció rechazar una sonrisa burlona que se dibujaba en sus labios.

—¿Y cómo se llama usted? —preguntó con voz seca.

—Martín Rivas —contestó el provinciano, tratando de dominar su impaciencia, que no dejó por esto de reflejarse en sus ojos.

—Espérese, pues —díjole el criado; y entró con paso lento a las habitaciones del interior.

Daban en ese instante las doce del día.

Nosotros aprovecharemos la ausencia del criado para dar a conocer más ampliamente al que acaba de decir llamarse Martín Rivas.

Era un joven de regular estatura y bien proporcionadas formas. Sus ojos negros, sin ser grandes, llamaban la atención por el aire de melancolía que comunicaban a su rostro. Eran dos ojos de mirar apagado y pensativo, sombreados por grandes ojeras que guardaban armonía con la palidez de sus mejillas. Un pequeño bigote negro, que cubría el labio superior y la línea un poco saliente del inferior, le daban el aspecto de la resolución, aspecto que contribuía a aumentar lo erguido de la cabeza, cubierta por una abundante cabellera color castaño, a juzgar por lo que se dejaba ver bajo el ala del sombrero. El conjunto de su persona tenía cierto aire de distinción que contrastaba con la pobreza del traje, y hacía ver que aquel joven, estando vestido con elegancia, podía pasar por un buen mozo, a los ojos de los que no hacen consentir únicamente la belleza física en lo rosado de la tez y en la regularidad perfecta de las facciones.

Martín se había quedado en el mismo lugar en que se detuvo para hablar con el criado, y dejó pasar dos minutos sin moverse, contemplando las paredes del patio pintadas al óleo y las ventanas que ostentaban sus molduras doradas al través de las vidrieras. Mas, luego pareció impacientarse con la tardanza del que esperaba, y sus ojos vagaron de un lugar a otro sin fijarse en nada.

Por fin, se abrió una puerta y apareció el mismo criado con quien Martín acababa de hablar.

—Que pase para adentro —dijo al joven.

Martín siguió al criado hasta una puerta en la que éste se detuvo.

—Aquí está el patrón —dijo, señalándole la puerta.

El joven pasó el umbral y se encontró con un hombre que, por su aspecto, parecía hallarse, según la significativa expresión francesa, entre dos edades. Es decir que rayaba en la vejez sin haber entrado aún a ella. Su traje negro, sus cuellos bien almidonados, el lustre de sus botas de becerro, indicaban el hombre metódico, que somete su persona, como su vida, a reglas invariables. Su semblante nada revelaba: no había en él ninguno de esos rasgos característicos, tan prominentes en ciertas fisonomías, por los cuales un observador adivina en gran parte el carácter de algunos individuos. Perfectamente

afeitado y peinado, el rostro y el pelo de aquel hombre manifestaba que el aseo era una de sus reglas de conducta.

Al ver a Martín, se quitó una gorra con que se hallaba cubierto y se adelantó con una de esas miradas que equivalen a una pregunta. El joven la interpretó así, e hizo un ligero saludo diciendo:

—¿El señor don Dámaso Encina?

—Yo señor, un servidor de usted —contestó el preguntado.

Martín sacó del bolsillo de la levita una carta que puso en manos de don Dámaso con estas palabras:

—Tenga usted la bondad de leer esta carta.

—Ah, es usted Martín —exclamó el señor Encina, al leer la firma, después de haber roto el sello sin apresurarse.

—Y su padre de usted ¿cómo está?

—Ha muerto —contestó Martín con tristeza.

—¡Muerto! —repitió con asombro el caballero.

Luego como preocupado de una idea repentina añadió:

—Siéntese Martín; dispéñeme que no le haya ofrecido asiento. ¿Y esta carta...?

—Tenga usted la bondad de leerla —contestó Martín.

Don Dámaso se acercó a una mesa de escritorio, puso sobre ella la carta, tomó unos anteojos que limpió cuidadosamente con su pañuelo y colocó sobre sus narices. Al sentarse dirigió la vista sobre el joven.

—No puedo leer sin anteojos —le dijo a manera de satisfacción por el tiempo que había empleado en prepararse.

Luego principió la lectura de la carta que decía lo siguiente:

*«Mi estimado y respetado señor:*

*«Me siento gravemente enfermo y deseo, antes que Dios me llame a su divino tribunal, recomendarle a mi hijo, que en breve será el único apoyo de mi desgraciada familia. Tengo muy cortos recursos, y he hecho mis últimas disposiciones para que después de mi muerte puedan mi mujer y mis hijos provecharlos lo mejor posible. Con los intereses de mi pequeño caudal tendrá mi familia que subsistir pobremente para poder dar a Martín lo necesario hasta que concluya en Santiago los estudios de abogado. Según mis cálculos, sólo podrá recibir veinte pesos al mes, y como le sería imposible con tan módica suma satisfacer sus estrictas necesidades, me he acordado de usted y atrevido a pedirle el servicio de que le hospede en su casa hasta que pueda por sí solo ganar su subsistencia. Este muchacho es mi única esperanza, y si usted le hace la gracia que para él humildemente solicito, tendrá usted las bendiciones de su santa madre en la tierra y las mías en el cielo, si Dios me concede su eterna gloria después de mi muerte.*

*«Mande a su seguro servidor que sus plantas besa.*

*«José Rivas».*

Don Dámaso se quitó los anteojos con el mismo cuidado que había empleado para ponérselos, y los colocó en el mismo lugar que antes ocupaban.

—¿Usted sabe lo que su padre me pide en esta carta? —preguntó, levantándose de su asiento.

—Sí, señor —contestó Martín.

—¿Y cómo se ha venido usted de Copiapó?<sup>3</sup>

—*Sobre la cubierta del vapor*<sup>4</sup> —contestó el joven como con orgullo.

—Amigo —dijo el señor Encina—, su padre era buen hombre y le debo algunos servicios que me alegraré de pagarle en su hijo. Tengo en los altos dos piezas desocupadas y están a la disposición de usted. ¿Trae usted equipaje?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—En la posada de Santo Domingo.<sup>5</sup>

—El criado irá a traerlo, usted le dará las señas.

Martín se levantó de su asiento y don Dámaso llamó al criado.

—Anda con este caballero y traerás lo que él te dé —le dijo.

—Señor —dijo Martín—, no hallo cómo dar a usted las gracias por su bondad.

—Bueno, Martín, bueno —contestó don Dámaso—, está usted en su casa. Traiga usted su equipaje y arréglese allá arriba. Yo como a las cinco, véngase un poquito antes para presentarle a la señora.

Martín dijo algunas palabras de agradecimiento y se retiró.

—Juan, Juan —gritó don Dámaso tratando de hacer pasar su voz a una pieza vecina—, que me traigan los periódicos.

---

3 *Copiapó*: Ciudad de la actual provincia de Atacama. En esos años, era punto activísimo del comercio y de la minería nortinos.

4 *Sobre la cubierta del vapor*: con esto Martín Rivas da a entender que no ha gastado en comodidades, como lo sería un camarote.

5 *Posada de Santo Domingo*: Hospedería tradicional en el siglo XIX, situada muy cerca de la Plaza de Armas.

## - II -

**L**a casa en donde hemos visto presentarse a Martín Rivas estaba habitada por una familia compuesta de don *Dámaso Encina, su mujer, una hija de diez y nueve años, un hijo de veinte y tres, y tres hijos menores, que por entonces recibían la educación en el colegio de los padres franceses.*

Don Dámaso se había casado a los veinte y cuatro años con doña Engracia Núñez, más bien por especulación que por amor. Doña Engracia, en ese tiempo, carecía de belleza; pero poseía una herencia de treinta mil pesos, que inflamó la pasión del joven Encina hasta el punto de hacerle solicitar su mano. Don Dámaso era dependiente de una casa de comercio en Valparaíso y no tenía más bienes de fortuna que su escaso sueldo. Al día siguiente de su matrimonio podía girar con treinta mil pesos. Su ambición desde ese momento no tuvo límites. Enviado por asuntos de la casa en que servía, don Dámaso llegó a *Copiapó* un mes después de casarse. Su buena suerte quiso que, al cobrar un documento de muy poco valor que su patrón le había endosado, Encina se encontrase con un hombre de bien que le dijo lo siguiente:

—Usted puede ejecutarme, no tengo con qué pagar. Mas si en lugar de cobrarme quiere usted arriesgar algunos medios, le firmaré a usted un documento por valor doble que el de esa letra y *cederé a usted la mitad de una mina que poseo* y estoy seguro hará un gran alcance en un mes de trabajo.

Don Dámaso era hombre de reposo y se volvió a su casa sin haber dado ninguna respuesta ni en pro ni en contra. Consultóse con varias personas, y todas ellas le dijeron que don José Rivas, su deudor, era un loco que había perdido toda su fortuna persiguiendo una veta imaginaria.

Encina pesó los informes y las palabras de Rivas, cuya buena fe había dejado en su ánimo una impresión favorable.

—Veremos la mina —le dijo al día siguiente.

Pusiéronse en marcha y llegaron al lugar donde se dirigían, conversando de minas. Don Dámaso Encina veía flotar ante sus ojos, durante aquella conversación, las vetas, los mantos, los farellones, los panizos,<sup>6</sup> como otros tantos depósitos de inagotable riqueza, sin comprender la diferencia que existe en el significado de aquellas voces. Don José Rivas tenía toda la elocuencia del minero a quien acompaña la fe después de haber perdido su caudal, y a su voz veía Encina *brillar la plata hasta en las piedras del camino*.

Mas, a pesar de esta preocupación, tuvo don Dámaso suficiente tiempo de arreglar en su imaginación la propuesta que debía hacer a Rivas en caso que la mina le agradase. Después de examinarla, y dejándose llevar de su inspiración. Encina comenzó su ataque.

—Yo no entiendo nada de esto —dijo—, pero no me desagradan las minas en general. Cédame usted doce barras y obtengo de mi patrón nuevos plazos para su deuda y quita de algunos intereses. Trabajaremos la mina a medias y haremos un contratito en el cual usted se obligue a pagarme el uno y medio por los capitales que yo invierta en la explotación y a preferirme por el tanto cuando usted quiera vender su parte o algunas barras<sup>7</sup>.

Don José se hallaba amenazado de ir a la cárcel, dejando en el más completo abandono su mujer y a su hijo *Martín, de un año de edad*. Antes de aceptar aquella propuesta, hizo sin embargo algunas objeciones inútiles, porque Encina se mantuvo en los términos de su proposición, y fue preciso firmar el contrato bajo las bases que éste había propuesto.

Desde entonces don Dámaso se estableció en Copiapó como agente de la casa de comercio de Valparaíso<sup>8</sup> en la que había servido, y administró por su cuenta algunos otros negocios que aumentaron su capital. *Durante un año, la mina costó sus gastos y don Dámaso compró poco a poco a Rivas toda su parte, quedando éste en calidad de administrador*. Seis meses después de comprada la última barra sobrevino un gran alcance<sup>9</sup>, y pocos años más tarde don Dámaso Encina compraba un valioso fundo de campo cerca de Santiago y la casa en que le hemos visto recibir al hijo del hombre a quien debía su riqueza.

Gracias a ésta, la familia de don Dámaso era considerada como una de las más aristocráticas de Santiago. Entre nosotros el dinero ha hecho desaparecer más preocupaciones de familia que en las viejas sociedades europeas. En éstas hay lo que llaman aristocracia de dinero, que jamás alcanza con su poder y su fausto a hacer olvidar enteramente la oscuridad de la cuna, al paso que en

6 *Mantos, farellones, panizos*: Términos que aluden a diversas disposiciones del mineral en los yacimientos metalíferos. *Manto*: según el Diccionario de la Real Academia Española (que, de aquí en adelante, abreviamos DRAE), es «capa de mineral, de poco espesor, que yace horizontalmente». *Farellón*: DRAE: «Parte superior de un filón o de una masa de rocas, cuando sobresale en la superficie del terreno». *Panizo*: en Chile, «criadero de minerales».

7 *Barra*: división de la propiedad o usufructo de una mina. Las minas se subdividían en 12 o 24 partes (o *barras*), y algunas compañías dividían las barras en acciones o bonos.

8 *Valparaíso*: Principal puerto de Chile en el siglo pasado y primer puerto del Pacífico Sur, hasta antes del tijeatzo de Panamá. Era punto clave del comercio y de las finanzas británicas, a través del sistema de casas de consignación que controlaban la exportación de materias primas y la importación de manufacturas.

9 *Alcance*: nivel de riqueza del mineral obtenido en una explotación minera.

Chile vemos que todo va cediendo su puesto a la riqueza, la que ha hecho palidecer con su brillo el orgulloso desdén con que antes eran tratados los advenedizos sociales. Dudamos mucho que éste sea un paso dado hacia la democracia, porque los que cifran su vanidad en los favores ciegos de la fortuna, afectan ordinariamente una insolencia, con la que creen ocultar su nulidad, que les hace mirar con menosprecio a los que no pueden, como ellos, comprar la consideración con el lujo o con la fama de sus caudales.

La familia de don Dámaso Encina era noble en Santiago por derecho pecuniario, y como tal, gozaba de los miramientos sociales por la causa que acabamos de apuntar. *Se distinguía por el gusto hacia el lujo, que por entonces principiaba a apoderarse de nuestra sociedad, y aumentaba su prestigio con la solidez del crédito de don Dámaso, que tenía por principal negocio el de la usura en grande escala, tan común entre los capitales chilenos.*

Magnífico cuadro formaba aquel lujo a la belleza de Leonor, la hija predilecta de don Dámaso y de doña Engracia. Cualquiera que hubiese visto aquella niña de diez y nueve años en una pobre habitación, habría acusado de caprichosa a la suerte por no haber dado a tanta hermosura un marco correspondiente. Así es que al verla reclinada sobre un magnífico sofá forrado en brocatel<sup>10</sup> celeste, al mirar reproducida su imagen en un lindo espejo al estilo de la edad media, y al observar su pie, de una pequeñez admirable, rozarse descuidado sobre una alfombra finísima, el mismo observador habría admirado la prodigalidad de la naturaleza en tan feliz acuerdo con los favores del destino. Leonor resplandecía rodeada de ese lujo como un brillante entre el oro y pedrerías de un rico aderezo. El color un poco moreno de su cutis y la fuerza de expresión de sus grandes ojos verdes, guarnecidos de largas pestañas, los labios húmedos y rosados, la frente pequeña, limitada por abundantes y bien plantados cabellos negros, las arqueadas cejas y los dientes para los cuales parecía hecha a propósito la comparación tan usada con las perlas; todas sus facciones, en fin, con el óvalo delicado del rostro, formaban en su conjunto una belleza ideal de las que hacen bullir la imaginación de los jóvenes y revivir el cuadro de pasadas dichas en la de los viejos.

Don Dámaso y doña Engracia tenían por Leonor la predilección de casi todos los padres por el más hermoso de sus hijos. Y ella, mimada desde temprano, se había acostumbrado a mirar sus perfecciones como una arma de absoluto dominio entre los que la rodeaban, llevando su orgullo hasta oponer sus caprichos al carácter y autoridad de su madre.

Doña Engracia, con efecto, nacida voluntariosa y dominante, enorgullecida en su matrimonio por los treinta mil pesos, origen de la riqueza de que ahora disfrutaba la familia, se había visto poco a poco caer bajo el ascendiente de su hija, hasta el punto de mirar con indiferencia al resto de su familia, y no salvar incólume de aquella silenciosa y prolongada lucha doméstica, *más que amor a los perritos falderos y su aversión hacia todo abrigo, hija de su temperamento sanguíneo.*

10 *Brocatel*: DRAE: «Tejido de cáñamo y seda, a modo de damasco, que se emplea en muebles y colgaduras». Para los tejidos suntuarios, puede verse el útil libro de Henri Algoud: *L'art de la soie* (Paris, Payot, 1948).



En la época en que principia esta historia, la familia Encina acababa de celebrar con un magnífico baile la llegada de Europa del joven Agustín, que había traído del viejo mundo gran acopio de ropa y alhajas, en cambio de los conocimientos que no se había cuidado de adquirir en su viaje. Su pelo rizado, la gracia de su persona y su perfecta elegancia, hacían olvidar lo vacío de su cabeza y los *treinta mil pesos* invertidos en hacer pasear la persona del joven Agustín por los enlosados de las principales ciudades europeas.

Además de este joven y de Leonor, don Dámaso tenía otros hijos, de cuya descripción nos abstendremos por su poca importancia en esta historia.

La llegada de Agustín y algunos buenos negocios habían predispuesto el ánimo de don Dámaso hacia la benevolencia con que le hemos visto acoger a Martín Rivas y hospedarle en casa. Estas circunstancias le habían hecho también olvidar su constante preocupación de la higiene, con la que pretendía conservar su salud, y entregarse con entera libertad de espíritu a las ideas de política que, bajo la forma de su vehemente deseo de ocupar un lugar en el Senado, inflamaban el patriotismo de este capitalista.

Por esta razón había pedido los periódicos después de la benévola acogida que acaba de hacer al joven provinciano.

## – III –

Martín Rivas había abandonado la casa de sus padres en momentos de dolor y de luto para él y su familia. Con la muerte de su padre, no le quedaban en la tierra más personas queridas que doña Catalina Salazar, su madre y Matilde,<sup>11</sup> su única hermana. Él y estas dos mujeres habían velado durante quince días a la cabecera de don José moribundo. En aquellos supremos instantes en que el dolor parece estrechar los lazos que unen a las personas de una misma familia, los tres habían tenido igual valor y sostenidos mutuamente por una energía fingida con la que cada cual disfrazaba su angustia a los otros dos.

Un día, don José conoció que su fin se acercaba y llamó a su mujer y a sus dos hijos.

—Éste es mi testamento —les dijo mostrándoles el que había hecho entender el día anterior—; y aquí hay una carta que Martín llevará en persona a don Dámaso Encina, que vive en Santiago.

Luego, tomando una mano a su hijo:

—De ti va a depender en adelante —le dijo— la suerte de tu madre y de tu hermana; ve a Santiago y estudia con empeño. Dios premiará tu constancia y tu trabajo.

Ocho días después de la muerte de don José, la separación de Martín renovó el dolor de la familia, y en la que el llanto resignado había sucedido a la desesperación, Martín tomó pasaje en la cubierta del vapor y llegó a Valparaíso, animado del deseo del estudio. Nada de lo que vio en aquel puerto ni en la capital llamó su atención. Sólo pensó en su madre y en su hermana, y le parecía oír en el aire las últimas y sencillas palabras de su padre. *De altivo carácter y concentrada imaginación*, Martín había vivido hasta entonces, aislado

---

11 *Matilde, su única hermana*: Más adelante, se sabe que la hermana de Martín se llama realmente Mercedes, para distinguirla de la prima de Leonor. Al parecer, este error —que se ha deslizado hasta aquí en todas las ediciones de *Martín Rivas*— deriva del mismo folletín de *La voz de Chile*, en un momento en que Blest Gana aún no decidía los nombres definitivos de alguna de sus heroínas o personajes secundarios.

por su pobreza y separado de su familia, en casa de un viejo tío que residía en Coquimbo<sup>12</sup>, donde el joven había hecho sus estudios mediante la protección de aquel pariente. Los únicos días de felicidad eran los que las vacaciones le permitían pasar al lado de su familia. En ese aislamiento, todos sus afectos se habían concentrado en ésta, y al llegar a Santiago *juró regresar de abogado a Copiapó* y cambiar la suerte de los que cifraban en él sus esperanzas.

—Dios premiará mi constancia y mi trabajo —decía, repitiéndose las palabras llenas de fe con que su padre se había despedido.

Con tales ideas arreglaba Martín su modesto equipaje en las piezas de los altos de la hermosa casa de don Dámaso Encina.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día, el primogénito de don Dámaso golpeaba a una puerta de las piezas de Leonor. El joven iba vestido con una levita azul abrochada sobre un pantalón claro que caía sobre un par de botas de charol, en cuyos tacos se veían dos espuelitas doradas. En su mano izquierda tenía una *huasca*<sup>13</sup> con puño de marfil y en la derecha un enorme cigarro habano consumido a medias.

Golpeó, como dijimos, a la puerta, y oyó la voz de su hermana que preguntaba:

—¿Quién es?

—¿Puedo entrar? —preguntó Agustín entreabriendo la puerta.

No esperó la contestación y entró en la pieza con aire de elegancia suma.

Leonor se peinaba delante de un espejo, y volvió su rostro con una sonrisa hacia su hermano.

—¡Ah —exclamó—, ya vienes con tu cigarro!

—No me obligues a botarlo, hermanita —dijo el elegante—, es un *imperial*<sup>14</sup> de a doscientos pesos el mil.

—Podías haberlo concluido antes de venir a verme.

—Así lo quise hacer, y me fui a conversar con mamá; pero ésta me despidió, so protesto de que el humo la sofocaba.

—¿Has andado a caballo? —preguntó Leonor.

—Sí; y en pago de tu complacencia para dejarme mi cigarro, te contaré algo que te agrada.

—¿Qué cosa?

—Anduve con Clemente Valencia.

—¿Y qué más?

—Me habló de ti con entusiasmo.

Leonor hizo con los labios una ligera señal de desprecio.

—Vamos —exclamó Agustín—, no seas hipócrita. Clemente no te desagrada.

—Como muchos otros.

12 *Coquimbo*: Puerto del norte de Chile, por donde salían sobre todo las exportaciones mineras de la región.

13 *Huasca*: Voz, de origen quechua, usada en Chile y en otros países andinos; signi fica un ramal de cuero que se utiliza como látigo.

14 *Imperial*: probablemente el autor se refiera a una *corona imperial*, o *gran corona*, el formato comercial más grande de habanos (235 mm x 18.65mm) y resaltar así el carácter exhibicionista del personaje.

—Tal vez, pero hay pocos como él.

—¿Por qué?

—Porque tiene trescientos mil pesos.

—Sí, pero no es buen mozo.

—Nadie es feo con ese capital, hermanita.

Leonor se sonrió; mas habría sido imposible decir si fue de la máxima de su hermano o de satisfacción por el arte con que había arreglado una parte de sus cabellos.

—En estos tiempos, hijita —continuó el elegante reclinándose en una poltrona—, la plata es la mejor recomendación.

—O la belleza —replicó Leonor.

—Es decir que te gusta más Emilio Mendoza porque es buen mozo: *fi, ma belle*.<sup>15</sup>

—Yo no digo tal cosa.

—Vamos, ábreme tu corazón, ya sabes que te adoro.

—Te lo abriría en vano; no amo a nadie.

—Estás intratable. Hablaremos de otra cosa. ¿Sabes que tenemos un alojado?

—Así he sabido: un jovencito de Copiapó; ¿qué tal es?

—Pobrísimos —dijo Agustín con un gesto de desprecio.

—Quiero decir de figura.

—No le he visto; será algún provinciano rubicundo y tostado por el sol.

En este momento Leonor había concluido de peinarse, y se volvió hacia su hermano.

—Estás *charmante* —le dijo Agustín, que aunque no había aprendido muy bien el francés en su viaje a Europa, usaba gran profusión de galicismos y palabras sueltas de aquel idioma para hacer creer que lo conocía perfectamente.

—Pero tengo que vestirme —replicó Leonor.

—Es decir que me despides; bueno me voy. *Un baiser ma chérie* —añadió acercándose a la niña y besándola en la frente.

Luego, al tiempo de tomar la puerta, volvióse de nuevo hacia Leonor:

—¿De modo que desprecias a ese pobre Clemente?

—Y ¿qué hacerle? —contestó con fingida tristeza la niña.

—Mira, trescientos mil pesos, no te olvides. Podrías irte a París y volver aquí a ser la reina de la moda. Yo te doy *ma parole d'honneur* que harías de Clemente *cire et pabile*<sup>16</sup> —dijo, queriendo afrancesar una expresión vulgar con que pintamos al individuo obediente, sobre todo en amores.

Leonor, que conocía el francés mejor que su hermano, se rió a carcajadas de la fatuidad con que Agustín había dicho su disparate al cerrar la puerta; y se entregó de nuevo a su tocador.

Los dos jóvenes que Agustín había nombrado se distinguían entre los más

15 *Fi, ma belle*: (fr.) «confía, mi bella»; para significar «créeme».

16 *Cire et pabile*: (fr.) «cera y pabilo», la expresión hacer de alguno «cera y pabilo» significa hacer con alguien lo que se desea.

asiduos pretendientes de la hija de don Dámaso Encina; pero la voz de la chismografía social no designaba hasta entonces cuál de los dos se hubiera conquistado la preferencia de Leonor.

Como hemos visto, los títulos con que cada uno ellos se presentaba en la arena de la galantería eran diversos.

Clemente Valencia era un joven de veintiocho años, de figura ordinaria, a pesar del lujo que ostentaba en su traje gracias a los trescientos mil pesos que tanto recomendaba Agustín a su hermana. Por aquel tiempo, es decir en 1850, los solteros elegantes no habían adoptado aún la moda de presentarse en la Alameda en *coupés* o *calèches*<sup>17</sup> como acontece en el día. Contentábanse, los que aspiraban al título de *leones*<sup>18</sup>, con un cabriolé más o menos elegante, que hacían tirar por postillones a la Daumont<sup>19</sup> en los días del Dieciocho y grandes festividades. Clemente Valencia había encargado uno a Europa, que le servía de pedestal para mostrar al vulgo su grandeza pecuniaria, que llamaba la atención de las niñas, y despertaba la crítica de los viejos, los que miran con desprecio todo gasto superfluo, desde algún sofá predilecto, donde forman sus diarios corrillos en el paseo de las Delicias<sup>20</sup>. Mas, Clemente se cuidaba muy poco de aquella crítica y lograba su objeto de llamar la atención de las mujeres, que, al contrario de aquellos respetables varones, rara vez consideran como inútiles los gastos de ostentación. Así es que el joven capitalista era recibido en todas partes con el acatamiento que se debe al dinero, el ídolo del día. Las madres le ofrecían la mejor poltrona en sus salones; las hijas le mostraban gustosas el hermoso esmalte de sus dientes, y tenían para él ciertas miradas lánguidas, patrimonio de los elegidos; al paso que los padres le consultaban con deferencia sus negocios y tomaban su voto en consideración como el de un hombre que en caso necesario puede prestar su fianza para una especulación importante.

Emilio Mendoza, el segundo galán nombrado por Agustín Encina en la conversación que precede, brillaba por la belleza que faltaba a Clemente y carecía de lo que a éste servía de pasaporte en los más aristocráticos salones de la capital. Era buen mozo y pobre. Empero, esta pobreza no le impedía presen-

17 *Coupés*: Cupés, coche cerrado de dos asientos (pl.); *caleches*: pl. carruaje abierto y con capota. La designación francesa quería insinuar un progreso y modernización frente a las antiguas calesas, más anticuadas, que a comienzos de siglo eran descritas así por un viajero «Las calesas se parecían a veces a una especie de cabriolé, feo y pesado, tirado por dos caballos, de los cuales uno sostenía las varas y el otro estaba montado por un cochero cuya librea hacia 1812 había cambiado. Llevaba unas botas enormes y espuelas con un 'perpetuum' como huasca» (Cf. Guillermo Feliú Cruz: *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de los viajeros*, p. 53. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1970. La descripción está tomada de Carlos E. Bladh).

18 *Leones*: Galicismo proveniente de *lions*, nombre con que se designaba en Francia a los jóvenes elegantes y vestidos a la moda. El *Larousse*, 4, da: «Jeune homme riche, d'une élégance extrême».

19 *A la Daumont*: con dos (o tres) postillones montados sobre dos de los cuatro (o seis) caballos del tiro, según la moda impuesta por Louis d'Aumont (1809-1888) duque d'Aumont et de Villequier. Para eso los postillones trocaban su librea tradicional por una casaca corta con los mismos colores. A estos efectos los carruajes no tenían asiento de postillón y presentaban una plataforma trasera donde usualmente iban parados dos lacayos.

20 *Paseo de las Delicias*: Paseo en la Alameda o Cañada, ancha vía central de Santiago. Corresponde a la actual Avenida Bernardo O'Higgins.

tarse con elegancia entre los leones, bien que sus recursos no le permitían el uso del cabriolé en que su rival paseaba en la Alameda su satisfecho individuo. Emilio pertenecía a una de esas familias que han descubierto en la política una lucrativa especulación y, plegándose desde temprano a los gobiernos, había gozado de buenos sueldos en varios empleos públicos. En aquella época ocupaba un puesto de tres mil pesos de sueldo, mediante lo cual podía ostentar en su camisa joyas y bordados de valor que apenas eclipsaba su poderoso adversario.

Ambos, además de su amor por la hija de don Dámaso, eran impulsados por la misma ambición. Clemente Valencia quería aumentar su caudal con la herencia probable de Leonor, y Emilio Mendoza sabía que casándose con ella, además de la herencia que vendría más tarde, la protección de don Dámaso le sería de inmensa utilidad en su carrera política.

Entre estos dos jóvenes había por consiguiente dos puntos importantes de rivalidad: conquistar el corazón de la niña y ganarse las simpatías del padre. Lo primero y lo segundo eran dos graves escollos que presentaban seria resistencia por la índole de Leonor y el carácter de don Dámaso. Éste fluctuaba entre el ministerio y la oposición a merced de los consejos de los amigos y de los editoriales de la prensa de ambos partidos; y Leonor, según la opinión general, tenía tan alta idea de su belleza, que no encontraba ningún hombre digno de su corazón ni de su mano. Mientras que don Dámaso, preocupado del deseo de ser Senador, se inclinaba del lado en que creía ver el triunfo, su hija daba y quitaba a cada uno de ellos las esperanzas con que en la noche anterior se habían mecido al dormirse.

Así es que Clemente Valencia, opositor por relaciones de familia más bien que por convicciones, de las cuales carecía, encontraba a don Dámaso enteramente convertido a las ideas conservadoras, al día siguiente de haberse despedido, de acuerdo con él, sobre las faltas del gobierno y la necesidad de atacarlo. Así también hallaba la sonrisa en los labios de Leonor, cuando se acercaba a ella casi persuadido de que Emilio Mendoza había triunfado en su corazón.

Igual cosa acontecía a su rival, que trabajaba para hacer divisar a don Dámaso el sillón de Senador únicamente en la ciega adhesión a la autoridad, y sufría los desdenes de la hija cuando ya se creía seguro de su amor.

Tales eran los encontrados intereses que se disputaban la victoria en casa de don Dámaso Encina.